



# El dilema Montilla

**M**e recuerda un buen amigo y, a la par, fino analista, lo de Romano Prodi. Ciertamente, el estadista italiano, primer ministro con el apoyo de la difícil amalgama política de El Olivo, lo tuvo claro desde el primer momento: el primer día que uno solo de sus ministros, miembro de cualquiera de las múltiples familias de El Olivo, encabezara una sola manifestación en contra del Gobierno, él no se mantendría en el poder. Resultaba evidente que la responsabilidad institucional debía estar por encima de las complejas fluctuaciones ideológicas, y si ello no ocurría, no había gobierno. Porque ningún gobierno podía estar sometido a los vaivenes partidistas de los miembros, más o menos ruidosos, de un ejecutivo. Esta concepción del arte de gobernar, que resulta sobre el papel una verdad universal, no parece formar parte del catecismo político del president Montilla, cuya capacidad para cohabitar con todo tipo de ruidos partidistas no deja de sorprender. Hoy por hoy, y después de la retahíla de incomprensibles escándalos protagonizados por algún recalcitrante conseller, sabemos dos cosas: una, que el problema del tripartito ya no viene de las estridencias épicas de ERC, sino del naufragio ideológico de los chicos de Iniciativa; y dos, que Montilla no domina la situación. A pesar del buen hacer de algunos de sus consellers, y a pesar del éxito económico del propio Montilla en algunos temas clave, como el caso Nissan, o Spanair, lo cierto es que el tripartito no sale en los papeles por la acción política del PSC, sino por el descontrol irresponsable de ICV. Aquella idea de los inicios del tripartito, que aseguraba que dejar la policía en manos de Iniciativa obligaría a los ex comunistas a madurar políticamente, se ha demostrado un fiasco. Muy al contrario, ha significado un proceso de degradación de la imagen policial de tal magnitud, que hoy es el principal problema de credibilidad que tiene este gobierno. Esto es un desastre. Y la cuestión no es cómo pagará electoralmente Iniciativa su inca-

pacidad manifiesta para gobernar seriamente. La cuestión es cómo lo pagará el PSC. Al fin y al cabo, Iniciativa necesita cuatro votos y medio para continuar moviendo la cola, pero el PSC es un partido central.

A esta tesitura de graves errores encañados en un tema tan sensible para cualquier gobierno como es la seguridad, se suman otros actos de infantilismo político, como liderar, desde partidos de go-



ASTROMUJOFF

bierno, manifestaciones en contra de leyes del propio Gobierno –léase la ley de Educación de Maragall–, o intentar liderar, desde el propio Ejecutivo, la pancarta más ruidosa de la oposición. Es decir, la filosofía Prodi, pero en sentido contrario: usar el gobierno para montar cirios contra el gobierno, con la vana esperanza de conseguir así dos votos y medio. Y así nos va. Lo cual nos permite llegar a una conclusión perfectamente predecible: que no se puede usar el gobierno de un país, como escuela de educación de políticos inmaduros.

Decía que el problema lo tiene el PSC, y lo saben tanto, que no se cansan de decirlo en las esquinas del periodismo, allí donde no ponemos los focos, pero ponemos las orejas. Si hasta ahora ICV representa-

ba la tercera pata de la silla *progresista*, y sumaba donde no llegaba el socialismo catalán, hoy empieza a percibirse como un partido que resta opciones al propio socialismo. Primero, por su nefasta política en las áreas que controla. Segundo, porque ha arrastrado al PSC a tomar decisiones de carácter radical, que le alejan de su espacio central natural. La pregunta del millón cae por su propio peso, y la formulan socialistas de primera fila: ¿debe el PSC mantener su papel de red protectora de la caída libre de ICV o debe dejarlo caer? Mientras la calle Nicaragua va deshojando esta antipática y difícil margarita, lo cierto es que el president Montilla tiene que tomar decisiones de alto calado si quiere frenar la sangría de descrédito que está sufriendo su gobierno. Lo cual nos lleva a otra pregunta complicada: ¿puede Montilla destituir al conseller Saura? “No”, dicen al unísono todos los coros del arco parlamentario. Hasta el propio Oriol Pujol lo decía ayer mismo, en la entrevista con Josep Cuní. “No puede porque depende de ICV, es débil, bla, bla, bla...”. También los socialistas se asustan, no en vano aún muestran las quemaduras del incendio del primer tripartito. Y sin embargo, me permito diferir del coro general. No sólo el president Montilla puede destituir a un conseller que le ha creado todo tipo de problemas graves en un área sensible y que ha significado una fuente permanente de ridículo político, sino que debería hacerlo. ¿Ello implicaría una crisis política? Sin duda, tanto como la permanente crisis larvada que vivimos actualmente. Pero en caso de cese de Saura y sus consecuencias, no es descartable gobernar a dos, y pactar con CiU los temas importantes. De hecho, nada es descartable menos una cosa: mantener la composición del tripartito actual. Porque no está en juego sólo la imagen del Gobierno, está en juego el concepto mismo de autoridad del president. Y ello, en los países serios, es algo fundamental. La cuestión es ¿somos un país serio?●